

ANTONIO MACHADO Y CANARIAS EN EL PRIMER CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

El título es sólo sugerente. Sin embargo, pese a que el autor de *La tierra de Alvargonzález* fue considerado como uno de los poetas más importantes de la lírica hispana de la segunda mitad del siglo actual, y que son y han sido muchos los líricos que se han dejado influenciar por la cadencia rítmica objetiva del cantor de *Campos de Castilla*, o por su sensibilidad, quizá, pensamos, sólo Soria —que no sus poetas— pueda tener la aspiración de pretender nuestro encabezamiento. Porque Canarias no sólo ha sentido la misma o idéntica connotación de la honda poesía machadiana, sino que también descubrió a este bardo no pocas resonancias líricas, hasta tal punto de ser la tierra isleña quien diera al poeta que más pudiera acercarse a la poesía del poeta andaluz-castellano: Fernando González (1901-1972).

Pero vayamos al recuerdo, al testimonio anterior a la guerra civil española, sin obviar a aquellos que posteriormente han permanecido fieles a la poesía de «verdad»... Antonio Machado (1875-1939) ya era un poeta conocido en las tertulias madrileñas, cuando Salvador Rueda (1857-1933) era lo más notable de la poesía «moderna». Entonces (1903) publica Machado sus *Soledades*, y en 1907, *Soledades, Galerías y Otros poemas*... Dos años después (1908) publicaría el canario Tomás Morales (1885-1921) los *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar* (refundidos luego —1922— en el libro I y II de *Las rosas de Hércules*). Ambos poetas, el andaluz y el canario, se encontrarían en la frecuentada tertulia madrileña de *La Colombina* (Carmen de Burgos, 1878-1932). Y aquí podríamos situar los primeros contactos machadianos con Canarias (a esta tertulia acudía también Luis Doreste Silva: 1882-1971), con sus poetas y con la poesía isleña, cosa nada extraña si consideramos que ya los líricos insulares tenían su resonancia no sólo por el prólogo de Miguel de Unamuno —1864-1936— a *El lino de los sueños*, de Alonso Quesada (1886-1925), sino también porque Enrique Díez-Canedo —1879-

1944— enviaba crónicas a Buenos Aires, ya en 1923, sobre aspectos de la poesía «atlántica»... Pero a Machado le impresionaría el que Unamuno se llegara a Las Palmas, en 1910, como mantenedor de los primeros juegos florales de la capital grancanaria, en los que resultaría galardonado Tomás Morales con el primer premio y *Alonso Quesada* con el segundo. Tomás Morales era un poeta ya conocido en *La Colombina*, un testimonio que se agranda, intrahistóricamente, hasta tal punto de que el trato con aquella maestra de escuela, excepcional por sus dotes sociales-literarias, dejó en la vida del autor de *Las rosas de Hércules* no pocos testimonios. Unamuno fue uno de los intelectuales que pasó por esta tertulia en su etapa madrileña. Pero sería en Las Palmas donde realmente se encontraría con *Alonso Quesada*, un poeta de no pocas afinidades con el intimista rector de Salamanca. Aunque a Unamuno le impresionaría mucho más el silencioso Manolito Macías Casanova...

Luego vendría el prólogo de Unamuno a *El lino de los sueños* —1915— y la resonancia que ello supondría en los poetas, escritores y críticos de entonces. Y, por supuesto, de todos aquellos intelectuales que de alguna forma sostenían con Unamuno, como Antonio Machado, una relación fervorosa o de adhesión a sus ideas. Una de estas consecuencias sería el prólogo —1919— de Pedro Salinas (1891-1951) a *Las monedas de cobre*, de Saulo Torón (1885-1974)..., que dejaría ya una relación constante entre los poetas insulares y sus prologuistas. Una relación que se agrandaría con la llegada a Madrid en 1922 de Fernando González, que no sólo conoce a Machado, sino que es quien queda encargado de vencer la «abulia» del poeta andaluz para que se agilizará la entrega del prólogo —que él había solicitado para Saulo— de *El caracol encantado* —1926—, un prólogo hecho desde su profesorado en Segovia, y que establecería un puente de simpatía permanente entre Antonio Machado y Canarias.

EL PROLOGO DE MACHADO Y SU REPERCUSION EN CANARIAS

Para interpretar ciertos aspectos que encierra el prólogo de Machado a *El caracol encantado* se hace preciso descender a la intrahistoria temática de la poesía peninsular de todos los tiempos. Y repetir las palabras del propio Machado para poder entender el hondón de posibles interrelaciones entre prologuista, prologado y la motivación que sugiere lo categórico en que se encubren varios capítulos. Entonces nos parecería que Machado encuentra en la poesía de Saulo una revelación descubridora de un mundo que clarifica la lírica hispánica, un

mundo o un tema lírico objetivo que él no conocía en su verdadera esencia: el tema del mar como intérprete del poema. Oigamos a Machado: «Me pide usted, querido Saulo, unas palabras que sirvan de prólogo a su *Caracol encantado*. Con mucho gusto se las envío. Usted escucha la voz del mar, contempla usted el mar, piensa usted en él y lo canta. Siga usted, querido poeta, fiel a esa musa. Necesitamos de poetas marinos; hemos tenido muchos, tal vez demasiados, de tierra adentro, que olvidaron cómo esta Iberia triste no es sino un Finis-Terrae, un ancho promontorio, erizado de sierras, de la Europa Occidental. Su *Caracol encantado*, que usted nos envía desde ese lejano archipiélago, tiene la virtud de recordarnos la emoción atlántica *sine qua non* de la conciencia integral de España. Y en verdad que esta emoción —aislado el nombre de Tomás Morales— (1) parecía ya ausente de nuestra lírica cuando, recientemente, Pérez de Ayala, en su *Sendero innumerable*, y Juan Ramón, en sus evocaciones de la tierra tartésica en que nació, nos dieron, gracias al mar, sus más bellas canciones. Merced al mar y a las montañas, donde nacen los ríos, podemos curar a nuestra lírica de la sequedad manchega y cortesana que padece, y algo también de provincianismo, dos males que se acentúan en nuestra literatura después de Lope, el último de nuestros grandes poetas que sabe —todavía— situar sus canciones en el trozo de planeta en que canta:

*Toda esa villa de Ocaña
poner quisiera a tus pies,
y aun todo aquello que baña
Tajo, hasta ser portugués,
entrando en el mar de España.*

El mar de España es para Lope el mar auténtico, ese mar que usted escucha, amigo Saulo, en un rincón de sus Islas Afortunadas. También el mar, que usted ama tanto, puede curarnos de nuestra afición al amaneramiento barroco, al prosaísmo conceptual, horro de toda idealidad. El pensamiento poético es viaje marino, más que jornada por tierra de labor, aventura y peligro. Pensando frente al mar no es fácil caer en laberinto de conceptos y de metáforas. Las ideas para marcar la ruta, el camino infinito. Siga usted, Saulo, cantando al mar. Escucha atento su *Caracol encantado* y le envía un cordial saludo su lejano amigo Antonio Machado. Segovia, 1926.»

(1) El poeta canario Fernando González nos confesaría que él —previo conocimiento de Antonio Machado— fue quien incluyó entre gulones esta aclaración de «aislado el nombre de Tomás Morales», lo que nos confirma en la creencia que Machado no era muy versado en «poesía histórica comparada»... Vid. también «El caracol encantado».

CANARIAS, «CONCIENCIA INTEGRAL DE ESPAÑA»...

Antonio Machado se ha encontrado con Canarias y está *canarizado* cuando se da cuenta de que su mar «es la conciencia integral de España», y que el mar «nos aparta del amaneramiento barroco» y que «pensando en el mar, no es fácil caer en laberintos de conceptos y metáforas»... Antonio Machado ha tenido un encuentro sorprendente con el mar, y el mar le descubre las islas, a sus poetas y a una nueva concepción de la lírica hispana —según sus propias palabras—, que no era la de la España que él trataba de resucitar a través de su intrahistoria de las «dos Españas»... Está, ciertamente, Antonio Machado en Canarias, y desde entonces los bardos isleños le guardarán el honor de alto poeta. Toman conciencia los poetas isleños de esta «integración» y de las frases inequívocas del lírico sevillano: «El pensamiento es viaje marino, más que jornada por tierra de labor, aventura, peligro»..., y de que «merced al mar... podemos curar a nuestra lírica de la sequedad manchega y cortesana que padece..., de su provincianismo»... Nace entonces una conciencia lírica que tiene su origen en la «conciencia integral de España». Los poetas insulares se sienten comunicados con Antonio Machado, le dedican poemas: Saulo Torón, en sus *Canciones en la orilla*, es expresivamente cordial, le dedica casi todo un libreto de este poemario, la última parte titulada «Los últimos acordes», de los que entresacamos:

*En todas partes estás,
en todas partes te veo
...y no te puedo tocar.
...Yo sé de un hombre que pudo,
sin tener alas, volar;
pero soñó... y todavía
no ha podido despertar (2).*

Y apuntilla con unos versos que parecen machadianos en su honda raíz filosófica:

*Razón tiene el agua:
cuando poca, dulce;
cuando mucha, amarga (3).*

O esta otra:

*Horizontes, lejanías;
el sol que dora los montes;*

(2) Torón, Saulo: «Canciones de la orilla», prólogo de Enrique Díez-Canedo («A Rafael Romero —Alonso Quesada—, presente siempre en mi recuerdo, dedico estas «Canciones de la orilla»). Madrid, 1932, pp. 136, 140-141.

(3) *Ibíd.*

*liricas melancolías
del alma que vuela errante,
tras de un eco alucinante
de inconcretas melodías (4).*

Alonso Quesada siente idéntica devoción por el autor de *Campos de Castilla*. Introduce su *Lino de los sueños* con esta poesía de Antonio Machado:

*Sabe esperar, aguarda que la marea fluya
—así en la costa un barco— sin que al partir te inquiete;
todo el que aguarda sabe que la victoria es suya,
porque la vida es larga y el arte es un juguete.
Y si la vida es corta,
y no llega la mar a tu galera,
aguarda sin partir y siempre espera,
que el arte es largo, y además no importa (5).*

Y dedica «Para Antonio Machado» el poema de «Los ingleses de la colonia», *El domingo*:

*Tristeza de estos libros, sin emoción, sin alma,
en un arca de hierro guardados seriamente...
Oh, no sabéis cuando se es pobre, cuando
se gana así la vida tan cotidianamente,
la infinita amargura que rebosa en nosotros
al ver en los domingos estos libros ingleses (6).*

Pero el poeta isleño más vinculado a Antonio Machado será Fernando González. Desde que el poeta canario llega a Madrid en 1922, y particularmente desde que publica en 1923 *Manantiales en la ruta*, la crítica más exigente de entonces lo emparejó dentro de la poética machadiana, con la misma independencia que cultivaba el poeta andaluz. Entonces, en aquellos años en que los del 27 se adscribían a la poesía aséptica, renunciando a todo espíritu cordial y de temas humanizantes, se tenía por menosprecio el cultivo de la «lirica machadiana». Y el poeta que no entrara por el «ojo gongorino» quedaba fuera de combate. Así se explica que siendo el bardo canario uno de los primeros poetas jóvenes de esta agrupación, de los primeros que publicó sucesivamente varios libros, cuando aún tardarían otros llegados posteriormente en mostrarse como poetas, no fuera incluido en la «antología» de Gerardo Diego; Fernando González no se sumó al «tercer centenario de la

(4) *Ibídem.*

(5) Rafael Romero («Alonso Quesada»). Biblioteca Canaria —poetas isleños—. Selección de poesías del libro «El lino de los sueños». Introducción de Tomás Morales. Santa Cruz de Tenerife, sin fecha. Vid. *Introito* y p. 67.

(6) *Ibídem.*

muerte de Góngora», en 1927, porque él no «venía a resucitar muertos, sino a cantar temas nuevos y siempre viejos», cosa que le valló la más calurosa crítica. Algunas como éstas: «... uno de los más cordiales y sinceros poetas de hoy; no se alista bajo ninguna bandera» (Enrique Díez-Canedo), de *El Sol* —23-4-1925, Madrid—. «Que todas las manos cojan el libro de Fernando González... Don supremo de la poesía que directamente nace del corazón» (*Azcón*) —27-7-23, de *ABC*—. Y así podríamos citar críticas de Pedro Salinas (1934) o de Ricardo Gullón (1935), para llegar al hoy de la crítica que exalta a Antonio Machado, para recordar que, cuando no es «vergonzoso» escribir a lo «machadiano», el único machadiano de verdad que ha existido en la lírica española se llama Fernando González, por los «temas del mundo interior... o por los sugeridos por circunstancias del momento», como decía Salinas (7):

*Sus soledosas galerías puebla
de música, recuerdos y cantares,
él, que duda de Dios, y entre la niebla
busca al que anduvo a pie sobre los mares...*

.....

.....

*que él es silencio, soledad, camino...
Y el día que la muerte lo reclame
se irá, monologando, como vino* (8).

Poema dedicado a Antonio Machado.

José García Nieto, en *ABC* —11-7-1972—, nos dice: «Lo hemos enterrado en Madrid. Para él, *tan machadiano*, el viaje tuvo que producirse con la ligereza del equipaje.» Se refiere al entierro en Madrid, cementerio de la Almudena, del poeta canario. *ABC* de 25 de octubre de 1972, en la sección «... y poesía cada día», le dedica un *Réquiem* con estas palabras: «Fernando González —que acaba de irse de entre nosotros—... y siempre *machadianamente*»...

JOSE QUINTANA

C/Sagrario, 2, 2.º dcha.
LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

(7) Quintana, José: «96 poetas de las Islas Canarias» (siglo XX), prólogo de José María de Cossío. Introducción y justificación del autor. Editorial C. L. A. Bilbao, 1970, 600 páginas, pp. 222-225.

(8) González, Fernando: «Hogueras en la montaña». Poesías 1917-1923. Madrid, 1924. Pórtico en verso de Antonio Machado, con un verso de Rubén Darfo, p. 46.